

ELIZABETH JELIN*

REFLEXIONES (LOCALIZADAS) SOBRE EL TIEMPO Y EL ESPACIO

EL TIEMPO Y LA EXPERIENCIA DE ACTORA/ES Y OBSERVADORA/ES

EN DICIEMBRE DE 2001, hubo en Buenos Aires una movilización callejera sumamente importante, que desembocó en represión con decenas de muertos, y en la renuncia del presidente De la Rúa. Los medios de comunicación masiva del mundo entero -liderados por la CNN- se estremecieron por los acontecimientos y los presentaron como algo inesperado y novedoso. Muy pronto, la “novedad” y la “espontaneidad” dominaron también las interpretaciones de observadores provenientes del mundo académico y militantes de base. Hubo interpretaciones que apelaron a la “ruptura radical”, sosteniendo que los conceptos y teorías preexistentes debían ser abandonados por inservibles, que todos los saberes anteriores se habían vuelto obsoletos y que había que acompañar la novedad del acontecimiento con una novedad en la construcción de saberes.

La breve reflexión sobre la temporalidad que presento es en parte una reacción a esta postura, en un intento de desagregar y analizar las múltiples temporalidades que se encuentran, de manera convergente y conflictiva, en acontecimientos, momentos o coyunturas. Se trata, en el fondo, de mirar las

* PhD en Sociología, investigadora del CONICET y del IDES.

distintas “duraciones” históricas y los avatares personales y biográficos contenidos en los fenómenos sociales.

En un primer nivel, la biografía personal está traspasada por experiencias vitales, aprendizajes y rupturas. Todos ellos involucran memorias y una auto-reflexividad ligada a esa temporalidad biográfica, con al menos dos modalidades de memorias: las incorporadas en la experiencia no reflexiva, en el *habitus* y todo lo “sedimentado” por un lado; las memorias “memorables”, que lo son porque la vivencia fue de ruptura de lo habitual y reiterativo, porque se refieren a acontecimientos cargados de emociones y afectos, o a situaciones en las que hubo algo que transformó los marcos interpretativos de la propia vida (esos “¡Ah!” que en las narrativas autobiográficas aparecen casi siempre como “...y ahí me di cuenta”).

En el curso de vida personal, los acontecimientos “memorables” no son unidades discretas y acumulativas, sino que hay efectos de contagio y contaminación, de asimilación y de resignificación. Una cosa parece cierta: damos sentido especial a acontecimientos cuando suceden (en nuestros marcos interpretativos y en nuestra experiencia biográfica) “la primera vez”. Es por eso que los marcos interpretativos y los sentidos de lo “memorable” tienden a ser resistentes a lo largo de la vida —tendemos a interpretar los acontecimientos “nuevos” en términos del caudal de sentidos acumulados anteriormente. Tiene que pasar algo especialmente fuerte y traumático para quebrar esos sentidos —una situación límite como la de los campos de concentración es, sin duda, la ruptura llevada al extremo, como lo han analizado y presentado Todorov (1993), Pollak (1990) o Levi (1989).

¿A qué viene toda esta disquisición? ¿Qué tiene que ver con las maneras de interpretar los acontecimientos y manifestaciones o expresiones públicas callejeras que ocurrieron en la región latinoamericana en los albores del siglo XXI presentados en este volumen? Se reiteran aquí una vez más dos cuestiones analíticas y empíricas: primero, ¿continuidad o ruptura?, ¿cuándo lo “nuevo” es “nuevo”? o ¿en relación con qué se define?; segundo, ¿coyuntura pasajera o cambio duradero?, ¿qué indicios sirven para detectar consecuencias de más largo plazo?, ¿cuál es el sentido histórico y la proyección futura del “acontecimiento”?

El campo de los movimientos populares y su potencialidad como fuerza de cambio social tienen una larga tradición de estudio en las ciencias sociales latinoamericanas.

Para no ir más atrás en el tiempo, a comienzos de los años setenta, los estudios del movimiento sindical comenzaron a mostrar las brechas y huecos entre el liderazgo sindical “burocratizado” y la participación de la base obre-

ra en la cotidianidad de la fábrica, en protestas y huelgas “salvajes”. Era la época en que hablábamos del “nuevo” sindicalismo: el sindicalismo argentino independiente de la época (SITRAC-SITRAM en Córdoba, en contraposición a la UOM de Lorenzo Miguel y al SMATA de Rodríguez), lo que había surgido en México a partir de las huelgas ferrocarrileras como movimiento opositor a la CTM de Fidel Velázquez, o los inicios del “nuevo” sindicalismo en el ABC paulista, cuando Lula estaba dando sus primeros pasos en el movimiento obrero brasileño. Unos años más tarde, había que reconocer y estudiar las maneras en que lo “nuevo” interactuaba con lo “viejo”, cómo a menudo lo viejo “cooptaba” (palabra que servía más que nada para México) a lo “nuevo”, cómo lo que surgía como protesta fuera de los límites institucionales se digería, reformando y vigorizando las estructuras institucionales del caso, o transformándolas desde adentro. Estos debates se insertaban en el dilema “reforma o revolución”, que era el paradigma interpretativo dominante desde la Revolución Cubana.

En los años ochenta, momento en que las movilizaciones de la transición post-dictatorial en la región (planteadas en términos del reconocimiento de la ciudadanía y de la condición humana universal en la ética de los derechos humanos que se expandía en ese momento) se combinaban con el surgimiento en el mundo de las demandas de reconocimiento de las diferencias (étnicas, de género, de opción sexual, etc.), se hablaba de los “nuevos” movimientos sociales -las mujeres y los barrios, los derechos humanos y el ambientalismo, en contraposición a los movimientos “viejos” como el sindicalismo y el campesinado-, movimientos que combinaban las demandas de ciudadanía e identidad.

Podría decirse que allí se dio un cambio de paradigma en el análisis de los movimientos sociales, cuando fue posible ver en ellos no solamente nuevas formas de hacer política sino nuevas formas de sociabilidad y cambios en los patrones de organización social (Evers, 1985). La heterogeneidad y multiplicidad de actores y de sentidos de su acción se tornaron ejes centrales del análisis. Había que prestar atención a los procesos microsociales de reconocimiento recíproco, así como a la construcción de nuevos sujetos colectivos con identidad -en el doble sentido de reconocer y reconocerse en una pertenencia grupal compartida y en el de diferenciarse de otros. Esto implicó también una redefinición de las fronteras entre los espacios públicos y los ámbitos privados. Los procesos sociales debían ser observados no solamente desde los grandes acontecimientos políticos o los procesos estructurales económicos, sino en la dimensión de la vida cotidiana: a partir de lo específico y lo concreto de los aspectos más habituales o aun banales de la cotidianidad, a menu-

do se ponían en cuestión los principios básicos de la organización social (Calderón 1986; Escobar y Alvarez, 1992); la lógica de la afirmación de la identidad colectiva en el plano simbólico se combinaba de manera compleja con los intereses y demandas de grupos específicos (Jelin, 1985).

Si bien la atención por los “nuevos” movimientos sociales tenía una fuerte raíz en Europa, lo que caracterizaba a América Latina fue el papel político que se veía en esos protagonistas privilegiados de la acción en la esfera pública. En efecto, en los momentos de transición y cambio político de los años ochenta, los movimientos sociales parecían traer simultáneamente “una nueva forma de hacer política”, nuevas formas de sociabilidad y de subjetividad. Se trataba de una “nueva” manera de relacionar lo político y lo social, el mundo público y la vida privada, en la cual las prácticas sociales cotidianas se incluían junto a, y en directa interacción con, lo ideológico y lo institucional-político.

Como en múltiples otros casos en que se plantean nuevas cuestiones, la pregunta que surgía entonces era cómo saber si se trataba de una “nueva realidad” o si era un caso en que las ciencias sociales habían estado ciegas a esos actores y a esos fenómenos, seguramente por el peso de los paradigmas dominantes que ponían el énfasis en los procesos económicos y en el sistema político. Veinte años más tarde, frente a las modalidades de manifestación popular en los primeros años del siglo XXI, la pregunta es ligeramente otra: cuál es la continuidad histórica entre las modalidades de acción popular del presente y las de los (ahora ya “viejos”) nuevos movimientos sociales y del nuevo sindicalismo de entonces.

Sin duda, las condiciones y situaciones específicas son diferentes: la organización de desocupados no existía entonces, ni la organización de los Sin Tierra. Pero sí había movimientos ligados a demandas centradas en la condición (o ausencia) de trabajador o demandas por acceso a la tierra. Sin embargo, en los análisis de las “crisis” y de las formas de organización de las demandas y protestas sociales predomina una visión de lo nuevo y lo inédito, novedoso en cuanto a los actores que se expresan en la esfera pública y en cuanto a las formas y modalidades de expresión y de organización. Quizás no tan irruptivo como las presentaciones en la CNN, pero aun así, quienes observan las movilizaciones y presencias callejeras los ven con la sorpresa de presenciar algo “nuevo”. A veces hay inclusive una fascinación con esta movilización, y más que buscar en la caja de herramientas de nuestras disciplinas y en los saberes acumulados para encontrar allí los conceptos y teorías que sirvan para interpretar, o buscar en los estudios históricos que pueden dar cuenta de antecedentes, raíces o continuidades, se cae en el inmediateísmo y en el cortoplacismo analíticos.

Sin duda, hay algo único e irrepetible en cada momento y en cada circunstancia. Pero también hay continuidades y reiteraciones. Lo más interesante e importante es, sin embargo, cómo en cada coyuntura se despliega una multiplicidad de temporalidades. Desagregándolas y dejando abierta la pregunta sobre sus interacciones, convergencias y divergencias, se podrá aprender más sobre lo que pasa que afirmando que todo es “nuevo”, que inevitablemente llevará muy pronto a caer en la cuenta de que mucho de lo nuevo se diluye, se institucionaliza, se rutiniza o transforma.

Hay tiempos históricos macrosociales y sucesión de cohortes, tiempos biográficos y tiempos familiares generacionales. Y hay duraciones, largas y cortas. En el plano subjetivo y en las interpretaciones culturales, están también los sentidos de pasado, presente y futuro -las memorias y sentidos del pasado que se construyen narrativamente en distintos momentos y coyunturas, y el horizonte futuro de deseos, utopías y sueños. Y todas estas temporalidades las tenemos que multiplicar al menos por dos (o más): las definiciones de la situación de los diversos actores en un escenario (para nuestro caso, de “crisis”), y los propios observadores y analistas.

En el tiempo biográfico, hay eventos y acontecimientos que dejan sus marcas como experiencias que irán cobrando sentido en diversas coyunturas posteriores. Y en esas nuevas coyunturas, los saberes y modalidades de acción sedimentados mostrarán su presencia. Así, cuando hace unos veinte años estudiábamos la organización popular en barrios obreros y villas del Gran Buenos Aires, encontrábamos -al igual que en otras ciudades de América Latina- que las mujeres estaban jugando un rol importante en la organización social. Al hurgar con más detenimiento en quiénes y con qué sentido participaban en esa esfera pública local, se veía con claridad la presencia activa de mujeres que habían participado en la Rama Femenina del Peronismo a comienzos de la década de los cincuenta, especialmente en los comités barriales contra “el agio y la especulación”. Ellas sabían cómo actuar como “policías” de precios y abastecimiento, y podían organizar las demandas. Con el tiempo, ellas y sus hijas se convirtieron en las “manzaneras” de Chiche Duhalde, manteniendo y reforzando una modalidad de relación entre lo local cotidiano y las estructuras y organizaciones locales del estado. Y son estas experiencias y formas de acción las que reaparecen también entre las mujeres piqueteras. Obviamente, esto no implica pensar que no hay nada nuevo en los piquetes, sino buscar en la diversidad de las experiencias y saberes de sus líderes y miembros las raíces de la diversidad de estrategias y quizás algunas de las dificultades para la articulación entre las distintas corrientes de piqueteros.

Para los jóvenes, que se incorporan a la vida pública en este momento, todo será “nuevo”. El evento se incorpora entonces como hito o ruptura biográfica, cuyo sentido se irá transformando y actualizando en cada momento de futuros “presentes” –de los cuales, como bien lo expresó Koselleck (1993), las experiencias pasadas sedimentadas y las expectativas futuras son constitutivas. Las circunstancias políticas y las condiciones estructurales (inclusive la coyuntura internacional) presentan también rasgos y desafíos novedosos. Pero hay también tradiciones de organización y protesta, que se activan por quienes son portadores personales de esas experiencias pasadas y por quienes buscan de manera explícita una continuidad en la lucha.

Hay otro plano, quizás aun más significativo. Estudiar movimientos sociales y protestas populares implica trabajar con procesos fluidos, con límites cambiantes, con actores que se van formando y transformando, con escenarios y marcos interpretativos siempre en proceso de (re)construcción. Cuando los movimientos con los que se trabaja son contemporáneos, cuando se están observando fenómenos en curso, a la dificultad analítica se agregan las dificultades empíricas, ya que a la fluidez de límites de los protagonistas y de sus estrategias se suma la fluidez del tiempo y del espacio. Nuevas oportunidades pueden presentarse -para ser aprovechadas o no- en escalas de la acción diferentes. Y los escenarios se transforman a lo largo del tiempo. Hay ciclos de movilización, hay períodos de repliegue y latencia, hay alianzas coyunturales y otras que van a permanecer. Elegir un momento para estudiarlos implica siempre algún grado de cristalización, por lo cual el peligro de convertir un momento en un “ser” inamovible es grande.

En efecto, analizar la coyuntura tiene el peligro de tomar un momento como el “ser” –cristalizar el flujo y pretender que lo que es un momento de un proceso es una realidad duradera. Y por el otro lado, la conciencia del devenir y del cambio entraña otro peligro analítico: prestar tanta atención al devenir y al fluir que toda posibilidad de análisis queda paralizada, a la espera de que el momento siguiente cambie las condiciones y las oportunidades para la acción.

En suma, mi reflexión apunta en dos direcciones. Primero, que la fascinación por encontrar lo “nuevo” no obture la capacidad de analizar rupturas y continuidades en las múltiples temporalidades de procesos fluidos. Segundo, y esto es algo que pocas veces se hace: mantener el interés y la fascinación analítica sobre los procesos sociales aun cuando pierdan su carácter “novedoso” o rupturista. ¿Cómo seguir estudiando qué pasa con la bandera -su limpieza o suciedad- cuando el nuevo régimen se instala y se rutiniza, creando desencantos? ¿Cómo explicar las dificultades del trueque o de algunos intentos de “eco-

nomía cooperativa alternativa” de grupos piqueteros? ¿Cómo incorporar al análisis los procesos de institucionalización y burocratización de las demandas?

Se plantea aquí una encrucijada en la estrategia de investigación y reflexión: una vez pasada la irrupción del acontecimiento –los cacerolazos del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Buenos Aires con su demanda de “que se vayan todos”, los lavados de banderas en Lima y en las ciudades del interior del Perú, o las “gallinas” de Caracas-, ¿qué queda? ¿Cómo sigue la historia? ¿Para quién? Las preguntas inquietantes persisten: ¿cómo no perder el sentido de sorpresa? ¿Cómo caracterizar y diferenciar lo nuevo de lo viejo, sobreviviente o *aggiornado*? ¿Cómo saber si lo nuevo está en la realidad externa que observamos cambiante, en los enfoques y maneras de mirar, o en la interacción entre nuestra mirada y el mundo que queremos al mismo tiempo cambiar? ¿Cómo evitar los riesgos del *wishful thinking*? Definir una situación como inédita y nunca vista por parte de analistas de la realidad social y cultural requiere de parte de quien lo hace un profundo conocimiento histórico y una rigurosa capacidad analítica. Hacerlo apresuradamente implica riesgos significativos de mala interpretación y mala intervención social, con consecuencias que atañen a la responsabilidad cívica y la ética profesional. Además, en la agenda de investigación deben estar incluidas las preguntas sobre desarrollos posteriores, que nunca van a tener ese poder de seducción que tienen las irrupciones ligadas a fenómenos (a veces espectacularizados) sobre los cuales no habíamos reflexionado antes, cuando aparecen por primera vez (en la televisión especialmente).

LA ESCALA, LA COMPARACIÓN Y LA INTERLOCUCIÓN

*If you insist upon fighting to protect me, or 'our' country,
let it be understood, soberly and rationally between us,
that you are fighting to procure benefits which I have not
shared. In fact, as a woman, I have no country. As a
woman, I want no country. As a woman, my country is
the whole world.*

Virginia Woolf, *Three Guineas*, 1938

A pesar de las globalizaciones y todo lo que se ha hablado sobre la desterritorialización de los vínculos y las nuevas comunidades virtuales, ahora sí literalmente “imaginadas”, seguimos tomando al país o estado-nación como unidad de referencia significativa para estudiar la “crisis” y las expresiones socio-culturales de la misma. Sin duda, el estado y la política institucional estatal

son referentes centrales para las crisis, sean éstas vistas en términos económicos o políticos. Los trabajos que se presentan en el seminario están en casi todos los casos definidos en términos directos por el estado nacional —se lava la bandera como parte de la caída de un régimen político, las manifestaciones callejeras en Caracas son a favor y en contra de Chávez, la violencia colombiana y el “que se vayan todos” están referidos al estado, colombiano o argentino.

Las alusiones al estado nacional son, sin embargo, de naturaleza muy diferente. Dependen de la ubicación social y comunitaria de los actores. El MST tiene un sentido específico en Pernambuco, diferente del de la escala nacional. Los piquetes en la zona del Ingenio Ledesma en Jujuy tienen notas locales. ¿Qué significado (si alguno) tendría ‘lavar la bandera’ en Ucchuracay, por ejemplo? La visibilidad de los acontecimientos de las crisis es muy diversa —la CNN vio los piquetes en Argentina cuando llegaron a las puertas de Buenos Aires, no antes. ¿Cómo se da la confrontación entre chavistas y antichavistas en ciudades de provincia de Venezuela? ¿Es Chávez el anclaje? ¿Hay mediaciones y mediadores?

Sin duda, los sentidos locales y localizados de las “crisis” son específicos. En el otro extremo de la escala, la globalidad también lo es. Quienes fuimos a Porto Alegre al encuentro de la globalidad alternativa, “desde abajo”, nos acercamos a la globalidad como portadores de nuestros propios proyectos y como miembros de nuestras propias comunidades. Se trató de un espacio de diálogo e intercambio, de alianzas y de negociaciones, todas ellas desde anclajes y localizaciones específicas, más que de disolución de las diferencias en prácticas de unificación o de articulación. Lo diverso estaba a la vista; la construcción de poder global alternativo, una utopía futura...

En este contexto, se hace necesario incorporar como foco de atención las escalas de la acción social. El peligro de trasponerlas y de trastocar las localizaciones de las acciones colectivas es grande¹. La existencia de una multiplicidad de niveles y de significados de la territorialidad, y la necesidad de mirar

¹ Una alusión autobiográfica. Hace unos años publicamos un libro con el título “Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los noventa”. El libro estaba basado en un considerable trabajo de campo, con diversas técnicas, un equipo de investigación interdisciplinario, etc., etc. Todo el trabajo de campo había sido hecho en el Gran Buenos Aires. No habíamos salido más de 25 km. del centro de la capital, y sin tomar conciencia de lo que hacíamos hablábamos de “la Argentina”. Tomar conciencia de este enorme error fue el resultado de encarar algunos trabajos de investigación en los que nos preguntábamos sobre la construcción de lo local, lo nacional, lo regional (MERCOSUR, América Latina) y lo global, así como de la interacción y debate con colegas que venían realizando estudios “locales”, en comunidades alejadas del centro de la política argentina (o de otros países) (Jelin et al., 1995).

las brechas y diálogos entre los mismos, se torna entonces casi una premisa del trabajo de investigación.

“La escala crea el fenómeno”, dice de Souza Santos (2000:188) al referirse a la metáfora cartográfica en su análisis del pluralismo jurídico. Se trata, en un nivel, de especificar la escala (grande o pequeña) en la que se va a definir el fenómeno a estudiar. Pero se hace necesario ir más allá, porque lo significativo puede estar en estudiar las interrelaciones e interdependencias entre agentes y escenarios de distinta escala. Para seguir con la metáfora del autor, en la proyección que requiere todo mapa hay un punto central, un punto fijo de referencia –y aquí la atención puede centrarse en un punto de la escala grande de la cartografía de lo local o de la escala pequeña de un punto global, sin perder de vista lo que queda desdibujado o distorsionado por la escala y la proyección elegidas (de Souza Santos, 2000).

A menudo la dimensión espacial –las regiones o localidades– es tomada como el contexto o escenario en el cual se desarrolla la acción social. Las preguntas se refieren entonces a las transformaciones en los patrones de acción social entre actores que participan en un mismo escenario, localizado en un área espacial predefinida: Lima, Buenos Aires, Caracas o Libertador San Martín (o más ampliamente, Jujuy). Lo que sucede en esos escenarios, sin embargo, tiene interlocutores y es parte de escenarios más amplios –regional, nacional y mundial– o más pequeños –el barrio, la familia, el pueblo o comunidad. La dinámica de relación entre estos niveles es lo que importa analizar.

Un par de ejemplos o casos. El Zapatismo tiene sentidos y se procesa en los escenarios locales en distintos lugares de Chiapas. Tiene también una lógica que se inserta en el plano nacional mexicano. Pero además, cobra sentido y se instala en el plano mundial de las confrontaciones entre movimientos populares y el neoliberalismo dominante. A su vez, los estudios de comunidades alejadas de los centros nacionales (pienso en Jujuy o Neuquén, pero también en las comunidades andinas en Perú) indican que las protestas y movimientos colectivos locales se instalan marcando una *brecha* entre los sentidos de la acción locales y el centro (generalmente definido en términos del estado-nación) –y es esa brecha, y las tensiones que genera, un eje importante de indagación².

Una cuestión diferente, no menos importante o interesante, es explorar y conceptualizar la constitución histórica de un escenario, o sea, no verlo como

2 En el mismo sentido, pienso que se puede avanzar mucho en el estudio de la constitución de los colectivos identitarios (incluyendo la nación) y de las formas de ejercicio de la dominación partiendo de la hipótesis de que “la soberanía se construye en los márgenes”, más que en el centro.

un “dato” o algo preexistente, como si la comunidad, la nación o la región “ya estuvieran”, sino tomando como problema de investigación el propio proceso de su surgimiento y transformación. ¿Cuándo actores ubicados en distintos lugares actúan en un mismo escenario? ¿Cómo se superponen y articulan los escenarios de distinta escala?³.

Pero hay otro aspecto de este proceso histórico de construcción de territorialidades “sentidas”. Es el lado de la experiencia humana. Aquí, el concepto clave es el de “lugar” (*place*), como manifestación de la experiencia y del sentido conectada con prácticas sociales. El “lugar” es “una red única de conexiones vitales espacio-temporales sociales y materiales, y los significados asociados a ella” (Paasi, 1991: 248), que surge y se manifiesta en prácticas intersubjetivas. El “lugar” no es una localización específica, sino que está compuesto por episodios de la historia vital situados en un espacio con dimensiones geográficas (reales, imaginadas, o utópicas). En suma, se trata de una unidad socioespacial con una duración histórica relativamente larga, una categoría social y cultural que incorpora una dimensión colectiva explícita, que representa las prácticas institucionales sedimentadas. Producida y reproducida en una multiplicidad de prácticas sociales a través de la comunicación y los símbolos, que pueden ser comunes a todos los individuos en una región aunque los significados asociados con ellos serán siempre construidos personalmente sobre la base de situaciones vitales y biografías específicas.

Sin duda, los estudiosos del tema hemos estado atados a la “naturalización” del Estado-nación como interlocutor privilegiado, lo cual lleva a definir a los actores colectivos en ese escenario. La alternativa, a menudo llevada adelante por estudios localizados y territorializados de movimientos específicos en comunidades alejadas o pequeñas, tiende a reproducir la visión de los actores, quienes a menudo definen la escala de su acción y su público en términos locales (Seidman, 2000), perdiendo de vista la dimensión más global de los mismos. En suma, a los desafíos de la multiplicidad de temporalidades hay que agregar los que surgen de intentar captar la permanente tensión en la escala de la acción, desde lo local hasta lo global.

3 En esta perspectiva, las unidades espaciales localizadas surgen, se transforman y desaparecen en el curso de la historia; tienen su propia temporalidad. Son los seres humanos, los grupos y sociedades, quienes las producen y reproducen. Este proceso puede conceptualizarse en términos de cuatro planos o etapas de larga duración (no necesariamente consecutivos en el tiempo): una formación territorial, una formación simbólica, un proceso de institucionalización y el establecimiento de la territorialidad en un sistema regional y en la conciencia social (Paasi, 1991).

BIBLIOGRAFÍA

- Calderón, Fernando G. (comp.) 1986 *Los movimientos sociales ante la crisis* (Buenos Aires: CLACSO).
- De Souza Santos, Boaventura 2000 *A crítica da razão indolente. Contra o desperdício da experiência* (Porto Alegre: Afrontamento).
- Escobar, Arturo y Sonia E. Alvarez (eds.) 1992 *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy and Democracy* (Boulder: Westview Press).
- Evers, Tilman, 1985 “Identidad: la faz oculta de los nuevos movimientos sociales” en *Punto de vista* (Buenos Aires), N° 25.
- Jelin, Elizabeth (comp.) 1985 *Los nuevos movimientos sociales* (Buenos Aires: CEAL).
- Jelin, Elizabeth et al. 1995 *Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los noventa* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano).
- Koselleck, Reinhart, 1993 *Futuro pasado: Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona: Paidós).
- Levi, Primo 1989 *Los hundidos y los salvados* (Barcelona: Muchnik).
- Paasi, Anssi 1991 “Deconstructing Regions: Notes on the Scales of Spatial Life” en *Environment and Planning*, Vol. 23.
- Pollak, Michael 1990 *L'expérience concentrationnaire. Essai sur le maintien de l'identité sociale* (Paris: Métailié).
- Seidman, Gay 2000 “Adjusting the Lens: What Do Globalizations, Transnationalism and the Anti-Apartheid Movement Mean for Social Movement Theory?” en Guidri, Johan A., Kennedy, Michael y Zald, Mayer N. (eds.), *Globalization and Social Movements* (Ann Arbor: University of Michigan Press).
- Todorov, Tzvetan 1993 *Frente al límite* (México: Siglo XXI).